

Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO
DIRECTOR: C. COLOMER MARQUÉS

AÑO II

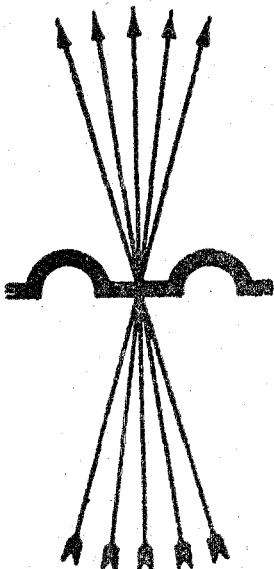
GRANOLLERS, 6 JULIO DE 1941

NÚM. 45

EDITORIAL

LA OBSESIÓN DE MANDAR

Recientemente hablabamos del vergonzoso caso de los que llamándose «nacionales» y teniendo en su haber hechos para demostrar este calificativo que se aplican, no dudan, por zafio egoísmo, en realizar negocios ilegales y estraperlistas o en conculcar las normas de política social establecidas, boicoteando con ello, de la manera más directa y vulnerable, al Nuevo Estado español nacido del dolor y del sacrificio de nuestros mejores.



Hay, también camouflado en nuestras filas, otro tipo de individuo que, aun que no en la cantidad de los odiosos estraperlistas, es tan general y común como estos. Las determinantes de su obrar son asimismo el egoísmo, la concupiscencia y la ambición. Las personas a que nos referimos son aquellas que desean y ansían, hasta llegar a la obsesión patológica, el mando.

Dicho esto, fácil es deducir las posiciones y posturas incalificables que adoptarán en su obrar. Su principal actuación es la negativa: crítica y denuncias. Empiezan por criticar de una manera sistemática y destructiva todas las obras del camarada que ocupa el cargo que ellos ansían. Entablan dolosa amistad con los descontentos; y, finalmente, recurren a la denuncia falsa o infundada, con la agravante que nunca dan la cara solos, es decir, no la suscriben personalmente, sino que se apoyan siempre en otros individuos, menguados intelectualmente casi siempre, de positivos o simulados méritos políticos, para compartir con ellos la responsabilidad de la acusación en caso de que las cosas tomaran mal cariz.

Si son individuos de mayor personalidad y de cierta ascendencia entre sus conciudadanos, entonces las intrigas que arman y organizan ya son más refinadas y, por lo mismo, más eficaces en ocasionar trastornos al mando político y a la administración pública:

Se erigen en jefes y representantes permanentes de un grupo de descontentos, al que trabajan y hacen crecer empleando cualquier medio que tengan a su alcance, sin reparar en consecuencias; y usan de toda su astucia para escoger los que han de formar este grupo de satélites que, como es natural, son siempre gente faltada de auténtica categoría personal y con mengua de cerebro y de buen falangismo. Sobre el grupo se levanta el ambicioso, el obsesionado por el mando, y es aquí donde exprime más su inteligencia con comentarios críticos que alucinen a sus oyentes, mientras él, con un aire de empaque doctoral, habla de los posibles remedios, de denuncias, de boicoteos, y ello solamente, por así exigirlo la vigilante conciencia española que cada uno hemos de tener; al llegar aquí, tan bien dorada la píldora,

el corro emocionado aprueba, asiente, y el pequeño dictador, francamente satisfecho, se frota las manos pensando en la nueva zancadilla que habrá hecho al que ocupa el puesto por él ambicionado.

Las fatales consecuencias que de ese repudiable obrar se deducen, no cabe ni mencionarlas: Crear una situación de verdadera desorientación en el mando auténtico, debilitar al mismo, volver a un sistema de política similar a la liberal, fomentar una atmósfera de disgregación dentro del Partido y de los cargos y corporaciones administrativas, disgregación desmoralizadora y esterilizante, contraria e incompatible abiertamente con los principios de Jerarquía y Disciplina sustentados por la F. E. T. y de las J. O. N. S. y con la pureza falangista.

Y no se crea que este hecho que hoy mencionamos es algo que solamente se da en nuestra imaginación, sino que, al contrario, como ya hemos dicho, es tan general como el del estraperlo o como cualquier otra inmoralidad de esas que hay que arrancar de raíz en la Nueva España, para que no se malogre la sangre de nuestros mejores. La figura del intrigante y del disgregador obsesionado por el mando, no sólo se da en las suciedades de la política local y pueblerina, sino que trasciende, incluso, en esferas elevadas de la política y de la administración españolas y el conocer su existencia, puede contribuir en mucho a aclararnos algunos fenómenos lamentables y desalentadores que hoy suceden.

Claro está que el vicio tiene su origen en el mal de siempre: crisis de sentido falangista o falta del modo de ser falangista en los individuos. Porque si este no faltara, se sabría muy bien, como dijo José Antonio, que «hay que entender la jefatura humildemente, como un puesto de servicio» y no como lugar de lucro y vanagloria personales, y que el servicio no se elige, sino que se acepta, y que tan meritorio y necesario para España es el servicio en la obediencia como en el mando.

Y también hemos de decir que la máxima villanía que se puede cometer, es cuando por este afán de mando no se duda en realizar actos, que no sólo atacan al camarada envidiado, sino además a la Institución de la cual está al frente, Falange o gobernación, porque entonces, a nuestro humilde entender, el que tal hace, más que falangista, es un enemigo peor que los rojos, pues valiéndose de su posición política, puede herir, impunemente, lo que los marxistas muy lejos están de poder realizar nunca.

Aquí van estas cuatro verdades dichas con el estilo duro de la Falange, y que no están dirigidas a este o aquel señor o camarada de nuestra ciudad, sino directamente a un conjunto de pequeños problemas y dificultades nacionales, creados por aquella bestia, peor que la roja, que parecía exterminada por nuestra guerra de Liberación y que por el contrario vuelve a surgir asquerosamente pujante, que se denomina el egoísmo. Nuestras mejores energías de esta hora, hemos de emplearlas en intentar y lograr su destrucción.